

LA GONDOLA

Ahora imagina que vuelves al nivel del agua. Ya no estás contemplando Venecia desde lo alto del Campanile, sino desde su punto de vista más natural: el de una embarcación que se desliza lentamente por un canal estrecho, con los muros de los palacios tan cerca que casi podrías tocarlos con ambas manos. Esta embarcación es la góndola, pero no la pienses como un objeto turístico. Piensa en ella como una invención milenaria, afinada como un instrumento musical.

La góndola nació en la Edad Media como medio de transporte cotidiano. Venecia no tiene carreteras, solo canales, y durante siglos la góndola fue el equivalente de un taxi, de un carro, incluso de una ambulancia. Cada familia patricia poseía al menos una, a menudo varias, y el número de góndolas en circulación era mucho mayor que hoy. No eran todas negras: al contrario, estaban decoradas, eran coloridas, adornadas con telas e incrustaciones. Solo en el siglo XVII el gobierno veneciano, cansado de la ostentación excesiva, impuso por ley el color negro, convirtiendo un vehículo privado en un símbolo colectivo.

Si la observas con atención, notarás de inmediato que no es simétrica. La góndola es más larga de un lado que del otro, por unos pocos centímetros invisibles para el ojo inexperto pero fundamentales para su movimiento. Dado que el gondolero rema solo desde un lado, esa asimetría permite que la embarcación avance recta. No hay motor, no hay timón: solo equilibrio, calibrado con la misma precisión que un violín.

Y como un violín, la góndola nace en un taller artesanal. No en una fábrica, sino en un *squero*, el astillero tradicional veneciano. Aquí la góndola se sigue construyendo hoy de manera casi ritual, ensamblando más de doscientas piezas hechas con distintos tipos de madera: roble, alerce, cerezo, nogal, olmo. Cada parte tiene su material ideal, elegido por su flexibilidad, resistencia y comportamiento frente a la humedad. Ninguna góndola es jamás idéntica a otra, porque cada una se adapta al peso y al estilo del gondolero que la conducirá.

Luego están los símbolos, que están lejos de ser decorativos. El *ferro* de proa, esa elegante lámina que parece un peine de acero, no está ahí por belleza. Sus seis dientes orientados hacia adelante representan los seis *sestieri* de Venecia, mientras que el que se curva hacia atrás simboliza la Giudecca. La curva superior reproduce la forma del sombrero del Dux. Una vez más, nada se deja al azar.

Incluso el asiento tapizado en terciopelo, el llamado *felze*, hoy casi desaparecido, protegía antaño a los pasajeros del viento y de las miradas indiscretas. La góndola era un lugar de encuentros reservados, de diplomacias secretas, de amores clandestinos. No solo un medio de transporte, sino un espacio social.

Y mientras te deslizas lentamente por un canal, con el agua abriéndose en silencio bajo la proa, te das cuenta de que la góndola no pertenece al pasado. Es un objeto antiguo que se ha negado a modernizarse porque ya es perfecto. No necesita mejoras, solo ser comprendido. En una ciudad suspendida entre agua y piedra, la góndola no es un símbolo: es la necesidad convertida en poesía.